

Iveity Pérez
Izquierdo

*Lo insular:
una reflexión sobre la
identidad cultural
cubana*

La insularidad como tópico literario no es nueva, surge con la llegada de los españoles a América, en su manifestación extasiada de una geografía insular paradisíaca que los recibe y, luego, durante el proceso de conquista y colonización, se mantiene en la mirada de descubrimiento de una realidad distinta y de personas con costumbres y maneras de ser opuestas a lo que España tenía como modelo a seguir en ese momento. *Las Crónicas de Indias* contienen las diversas percepciones que resultaron de este encuentro: lirismo, asombro, desprecio o desconocimiento ante *lo otro*.

En el *Diario de navegación* de Cristóbal Colón podemos apreciar la mirada de una Cuba nativa que ya expresa algunos de los rasgos que distinguirán su historia, su literatura y su gente (:47):

Dice el Almirante que nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles, todo cercado el río, fermosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y con su fruto, cada uno de su manera. Aves muchas y pajaritos que cantaban muy dulcemente; había gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea y de las nuestras, de una estatura mediana y los pies sin aquella camisa y las hojas muy grandes, con las cuales cobijan las casas; la tierra muy llana.

(:58)

...porque yo vi e cognozco —dice el Almirante— que esta gente no tiene secta ninguna ni son idólatras, salvo muy mansos y sin saber qué sea mal ni matar a otros ni prender, y sin armas y tan

temerosos que a una persona de los nuestros fuyen ciento de ellos, aunque burlen con ellos, y crédulos y cognocedores que hay Dios en el cielo...

En la medida en que Cuba se iba formando como nación, la mirada sobre la isla como preocupación estética continúa en la literatura. Con el poema *Espejo de paciencia*, de Silvestre de Balboa, se inicia una línea literaria capaz de distinguir una flora y fauna que resultaban tan exóticas en su descubrimiento como los elementos grecolatinos que se asumían en la literatura de entonces, las percepciones de los aromas, sabores y texturas tropicales perfilan una conciencia de pertenencia que alcanza la poesía neoclásica, donde se destacan autores como Manuel de Zequeira y Manuel Justo de Rubalcaba que resaltan lo propio desde la alabanza y distinción de las frutas cubanas y de la naturaleza insular frente a lo español.

Posteriormente, en la poesía de Heredia, apreciamos el entorno de la isla desde una interioridad más emocionada, con imágenes poéticas donde cobran vida elementos de la naturaleza como el sol, el mar, el ciclón y las palmeras; y toma peso la sensación de añoranza por la isla desde la distancia, sentido patriótico que continúa con Martí, quien revela un nuevo concepto de patria que se abre y ensancha para cobijar a América y a toda región habitada, sin importar fronteras: "Patria es humanidad".

Con el Grupo Orígenes se retoma el interés por la cubanidad, pero por una cubanidad "esencial" que conectara con la realidad de la época mediante vínculos ocultos, que no traicionara el proceso mismo de la creación; ya fuera con la literatura en sus diferentes géneros o con el arte plástico, los intelectuales que rodean este grupo se mostraban deseosos de formas nuevas que expresaran sus "orígenes" ontológicos.

Al referirse a los poetas de Orígenes, Jorge Luis Arcos afirma (1999:XXXI):

Y, en todos, la búsqueda y la expresión de un acendrado pensamiento poético; un penetrar en las esencias y un trascender las apariencias de la realidad; así como un trasfondo filosófico muy notable; además de la expresión de una suerte de poética de lo cubano (que más allá de lo temático expresa también una manera más intensa de penetrar la realidad), en cada uno diferente, por donde alcanzan a sintetizar y revelar genuinos valo-

res de nuestra identidad y tradición lírica nacionales y religarlos con una proyección universal.

De este grupo quisiera resaltar la figura de Lezama Lima, quien por primera vez manifiesta, conscientemente, una preocupación por la sensibilidad insular (1953:47): “Yo desearía nada más que la introducción al estudio de las islas sirviese para integrar el mito que nos falta”, y a la vez, alerta sobre el peligro que representa intentar este estudio sobre una sensibilidad insular con la idea de fijarla a un concepto determinado.

De la misma manera en que se ha mantenido una temática de lo insular, en la literatura cubana, bajo nombres distintos, ha existido la búsqueda de elementos que nos distingan nacionalmente. Pensemos en el *nativismo* que en su momento y bajo nociones como el *siboneísmo* y el *criollismo* pretendía expresar y acuñar aquellos rasgos propios de la naturaleza o de la idiosincrasia del habitante insular. El *siboneísmo* significó una evocación de los indios desaparecidos prontamente, y el *criollismo* exaltó las costumbres, el ambiente y la vida del guajiro o campesino y se interesó, como indica la palabra, por lo natural o aquello que expresara las huellas del terruño.

Gracias a estos elementos podemos afirmar que en nuestras letras existe una larga tradición de apreciaciones sobre lo insular que afirman una inquietud sobre lo que somos, con las variaciones que propicia cada época. No en vano José Lezama Lima afirma (1969:27): “Lo único que crea cultura es el paisaje y eso lo tenemos de maestra monstruosidad, sin que nos recorra el cansancio de los crepúsculos críticos”.

Identidad

Las relaciones que establecemos al mirarnos en un espejo responden a inquietudes ontogénicas profundas: quiénes somos y de dónde venimos son algunas de ellas, preguntas que surgen en un intento de autodefinirnos y conocer más sobre nosotros mismos. Cotidianamente, al observar nuestra imagen, constatamos que seguimos siendo los mismos, aunque, cada día, transformaciones severas ocurren en nuestro interior remoto, como las señales específicas que espiamos en nuestro reflejo, así mismo buscamos en nuestra cultura los signos, los orígenes donde topar con esos vértices de reconocimiento que necesitamos para sabernos de un

lugar, pertenecientes a una historia y conocedores de un devenir que nos involucra como sujetos activos, y desde allí comenzar la ardua construcción de una personalidad propia y libre.

Entre las culturas más importantes que han contribuido a la formación de la actual cultura cubana se encuentran las de los indígenas que habitaban la isla a la llegada de los españoles, y las provenientes de España y África. De nuestros indios, por su pronta desaparición, nos quedó apenas un sedimento lingüístico y la memoria antropológica de su existencia, sin embargo es una huella imposible de ignorar. De ellos viene el nombre de nuestro país del que se deriva el gentilicio por el cual nos identificamos en el mundo. De ellos provienen, también, palabras como jaba, guagua, tabaco, caney, guajiros; y otros topónimos como Guantánamo, Guanabacoa, Baracoa, Manicaragua, Cumanayagua. Cintio Vitier al referirse a nuestra más antigua población dice (1998:33):

De nuestros indios queda: la casa de palma, vivienda o caserío que se funden en la naturaleza; colecciones de idolillos, caritas y utensilios; algunas conmovedoras pictografías. Huesitos en la playa. Pero también los nombres, misterioso triunfo. Y los dos rasgos señalados: el poco fondo religioso, la mucha y suave risa.

Sobre esta plataforma dócil y amable que proporcionó el indígena de nuestra tierra al no soportar la esclavitud, se instala dolorosamente el negro a su llegada como sustituto para el trabajo fuerte, trayendo consigo su legado cultural más antiguo y trasplantándolo a lo que poco a poco se fue convirtiendo en su hábitat. Sus mitos, leyendas, bailes, tambores y cultos religiosos, movidos por el poderoso espíritu de su raza, llegaron a Cuba para quedarse y constituir parte esencial de la cultura cubana. Sobre ellos Fernando Ortiz (1996:21) escribe:

La cultura propia del negro y su alma, siempre en crisis de transición, penetran en la cubanidad por el mestizaje de carnes y de culturas, embebiéndola de esa emotividad jugosa, sensual, retozona, tolerante, acomodaticia y decidora que es su gracia, su hechizo y su más potente fuerza de resistencia para sobrevivir en el constante hervor de sinsabores que ha sido la historia de este país.

Diversos elementos integran lo que hoy somos, razón por la cual el estudio sobre una identidad cultural resulta complejo y nos hace rechazar definiciones que intenten absolutos.

Al hablar de identidad en Cuba, más que de seres iguales unos a otros, hablamos de aquellas personas pertenecientes e identificadas con una cultura común que no es única, sino múltiple, en su acontecer histórico, de diversas raíces y circunstancias que han ido moldeando eso que podemos nombrar hoy: *lo cubano*, categoría indefinible e intangible y por eso vital que como fabuloso pájaro extiende, vigoriza y recoge sus alas, guiando todo aquello que ha nacido en su nido.

La búsqueda de una identidad cultural se ha pronunciado, explícita o implícitamente, en hombres y mujeres a lo largo de nuestra historia política y literaria, como manifiestos de guerras o como expresiones líricas, oscilando entre las diversas culturas que han nutrido a la actual cultura cubana.

Fernando Ortiz es uno de los autores que más ha profundizado en el estudio sobre la cultura cubana y a su vez en aquellos elementos que la han configurado; él expresa:

Dicho en términos corrientes, la cubanidad es condición del alma, es complejo de sentimientos, ideas y actitudes. Pero todavía hay una cubanidad más plena, diríase que sale de la entraña patria y nos envuelve y penetra como el vaho de creación que brota de nuestra Madre Tierra, después de fecundada por la lluvia que le manda el Padre Sol (1996:7)

Para Ortiz *lo cubano* es una cuestión del alma, una expresión compleja que debe sentirse, un espíritu que posee lo concerniente a la patria y sus manifestaciones. La identidad vendría a ser la poética de cada Nación, aquello que lleva en sí la esencia de su origen y la fuerza telúrica de la creación que dota de un sello único y universal a las expresiones o manifestaciones de un lugar.

Cintio Vitier, también atraído por el tema, al acercarse más claramente a la entidad de *lo cubano*, en su libro *Lo cubano en la poesía*, plantea:

No hay una esencia inmóvil y preestablecida, nombrada *lo cubano*, que podamos definir con independencia de sus manifestaciones sucesivas y generalmente problemáticas, para después

decir: aquí está, aquí no está. Nuestra aventura consiste en ir al descubrimiento de algo que sospechamos, pero cuya entidad desconocemos. Algo, además, que no tiene una entidad fija, sino que ha sufrido un desarrollo y que es inseparable de sus diversas manifestaciones históricas. (1998:28)

De esta cita llaman mi atención dos elementos: el primero es reconocer *lo cubano* como una entidad móvil, en constante transformación diacrónica, cuyo acercamiento sincrónico responde a un momento histórico y a los componentes socio-culturales subyacentes. El segundo, se relaciona con la idea de que todo intento de conocer nuestra esencia constituye una aventura, con todo lo que esta palabra implica: riesgos, osadía, contextos y situaciones difíciles, la aventura del descubrimiento, es decir, la aventura de quitar aquello que cubre lo más profundo que nos conforma, inquietud que surge de una zona difícil y oscura cuyo fin desconocemos.

De esta manera, en la búsqueda de una identificación cultural, podemos descubrir que realmente nuestra imagen nos sigue en el espejo, como síntoma de una correspondencia armoniosa, o que nuestro reflejo nos traiciona al moverse por sí mismo, denunciando una pérdida de lugar o un descentramiento entre lo que somos, lo que anhelamos y lo que finalmente hacemos. Se hace necesaria la reflexión que nos genere una conciencia como seres de un lugar y por tanto de un complejo sistema de códigos y valores específicos.

Cada pregunta expresada existe en nosotros desde mucho antes de que seamos conscientes de ella, y llega a la realidad para respondernos, íntimamente, las inquietudes de nuestras vidas. Estas respuestas muchas veces resultan ser pinturas, escritos, danzas, películas o sencillas palabras. Nunca la pregunta sobre la propia identidad es tan visceral como cuando surge fuera del lugar de origen. En una realidad ajena, con la necesidad de responder de maneras específicas ante *lo otro* (nacionalidades, costumbres, lenguajes, climas) y de entender esas respuestas, se precisa de la búsqueda profunda que lleve al pasado, al umbral, a los procesos históricos y culturales, y que su conocimiento no solo diga algo a la Nación sino a cada uno de los que nacimos en ella o nos sentimos parte de ella. Para el emigrante ahondar en sus raíces y autorreferenciarse simbólicamente no resultan ser

tópicos en un momento de su vida, sino compañía permanente a lo largo de su desarrollo como sujeto cultural.

La migración desde Cuba y hacia ella, ha existido desde sus inicios como tierra habitada, y ha estado acompañada de los respectivos procesos de transculturación y aculturación,¹ creando el país que hoy somos: diverso, vital, dinámico. El exiliado cubano no es un personaje nuevo en nuestra historia, desde la cotidianidad hasta la trascendencia de su ser emprende el "proceso complejo de su formación, desintegrativo e integrativo." (Ortiz, 1996:12)

El papel del exiliado parece ser doble: por una parte crear una nueva vida en el país que adopta y por otra recrear lo perdido para luego integrarlo a su propia existencia. Ambos procesos se complementan. El exilio, en muchos casos, se convierte en un espacio de descubrimiento, tanto en lo que se refiere al nuevo ambiente como a la percepción de la tierra que dejó. (Corcés, 1999:59)

Estar o no estar en un lugar implica más al alma que al cuerpo, y la distancia es el límite de nuestra memoria. El exilio lleva en sí la escisión necesaria de una sociedad, escisión sana, dolorosa y enriquecedora que no implica necesariamente la noción de pérdida, ambas partes aprenden desde una diversidad propiciada por los distintos puntos de vista y los nuevos lugares asumidos; responde, finalmente, a procesos naturales de la vida, como la ruptura generacional que se produce en un momento determinado entre los padres y sus hijos, para luego reencontrarse, desde el afecto, y descubrirse nuevamente.

Finalmente nos preguntamos si de los complejos fenómenos del exilio y de las emigraciones, que a veces diríanse más bien transplantes culturales, de la dolorosa partición de nuestra so-

¹ Fernando Ortiz: "Del fenómeno social de la transculturación y de su importancia en Cuba", en *Fernando Ortiz y la cubanidad*, Selección: Norma Suárez, p. 2, La Habana, Ediciones Unión, 1996. Los conceptos de Fernando Ortiz son: "Por aculturación se quiere significar el proceso de tránsito de una cultura a otra y sus repercusiones sociales de todo género." "Hemos escogido el vocablo de transculturación para expresar las variadísimos fenómenos que se originan en Cuba por las complejísimas transmutaciones de culturas que aquí se verifican, sin conocer las cuales es imposible entender la evolución del pueblo cubano, así en lo económico, como en lo institucional, jurídico, ético, religioso, artístico, lingüístico, psicológico, sexual y en los demás aspectos de su vida."

ciudad, de nuestras familias, no habrá de resultar un nuevo crecimiento. (Vitier, 1996:25)

Creemos en que efectivamente resultará un nuevo crecimiento, como consecuencia de las asimilaciones y los intercambios que se producen al contacto con otros pueblos, que no es sino el proceso que ha constituido la cultura y la sociedad cubana actual, del que también resultarán pensamientos desestructurados y disensiones con las que tendremos que dialogar, sin miedos, por una sociedad que sea incluyente y no excluyente de sus hijos. Porque, como bien dice Laureano Corcés (1999:62), “la amenaza a la identidad existe tanto dentro de Cuba como fuera, al igual que las soluciones.”

Por otro lado, también debemos ser conscientes de que la interrogante sobre pertenecer a una cultura propia no ocurre necesariamente en todos los cubanos; aunque profundizar en ello signifique hoy, bajo las sombras de la globalización, la única manera de no desaparecer desdibujados por una cultura arrasadora de homogeneización y aniquilación que amenaza los legados culturales más antiguos. La identidad se precisa entonces, al decir de Ambrosio Fornet, como un derecho.

Pero sería insensato renunciar a ese concepto [al de identidad], por equívoco que parezca, porque en países como el nuestro —y en general de América Latina y el Caribe—, sometidos a largos procesos de colonización cultural, la Identidad se ha impuesto con un signo ideológico positivo: remite al derecho de cada nación o cultura a preservar y desarrollar los valores autóctonos para contribuir con ellos —y acceder con ellos— al fondo común de la cultura universal... (2000:92)

Sin embargo, la búsqueda de una identidad cultural auténtica se hace necesaria más allá de estereotipos creados por superficiales tipificaciones, que a la hora de representar *lo cubano* se convierten en fórmulas huecas en un intento de creación; la búsqueda hay que realizarla en la entraña de la patria cuyos enigmáticos territorios comprenden los imaginarios culturales, los habitantes y sus “modos de ser,”² sus historias, sus recorridos y

² Cintio Vitier, al referirse al tema de la identidad, ha hablado sobre un modo de ser cubano como manifestación que sufre una evolución histórica. Véase

sus deseos como consecuencias de seres diversos en eterna transformación; difícil tarea que debe emprenderse para acercarnos más a una cubanidad capaz de concebirse como universal. Lo contrario sería una cubanidad externa³ que aunque no se debe ignorar, pues también dice de nosotros, estaría más permeada por los decorados políticos, sociales o culturales que se precisen en cada momento, escenografías capaces de adecuarse a una estética propiciante de lo que se quiera reflejar dentro de Cuba o al exterior.

Abel Prieto, en su prólogo al libro *Lo cubano en la poesía*, diserta sobre esta dualidad (cubanidad externa-cubanidad interna), polémica interesante que debe tenerse en cuenta. Si bien es cierta la peligrosidad que implica quedarse en lo externo, no podemos obviar que es una información sobre lo cubano que no se debe evitar porque contiene lo más popular de la cultura. Tanto lo esencial íntimo como lo externo exponen lo cubano. La posición origenista es innegable en este libro, sin embargo en una de sus páginas Cintio Vitier expresa que “esa superficie, cuando no se adultera ni se traiciona, también nos interesa, porque tiene la fuerza de un relieve vital, de una manifestación de nuestro ser en la luz.” (1998:137)

¿Por qué lo insular?

No se puede hablar de Cuba sin hacer referencia a su insularidad. Condición natural, sin dudas, definitiva y mágica, que envuelve a una cultura y dialoga permanentemente con ella. La isla, y sus islas adyacentes, contienen geográficamente lo que es Cuba. Es el lugar testigo de los hechos particulares que han escrito su historia y han perfilado situaciones políticas, donde el clima y la naturaleza han desarrollado costumbres singulares; es el espacio de la creación, vida y muerte de sus hijos, de los que permanecen en ella. De los otros, los lejanos geográficamente, la isla es el territorio que se recrea en los sueños, la metáfora de la infancia o la nostalgia, la añoranza de personas queridas.

del autor, “La identidad como espiral”, en *La gaceta de Cuba*, enero/febrero de 1996, y “Primera lección”, en *Lo cubano en la poesía*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1998.

³Sobre los conceptos de cubanidad externa y cubanidad esencial, escribe Abel Prieto en su prólogo al libro *Lo cubano en la poesía*, de Cintio Vitier, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1998.

La isla vuelve a ser, desde la distancia, el remanso virgen del indio, el paraíso perdido y real del marinero abatido en la incertidumbre de su existencia, su relativa firmeza luego de incesantes días de navegación, toda ella se idealiza, se recuerda, se anhela. Se sueña su sol, su mar, sus olores. Cuba ya no es solo la isla, su dimensión insular la engrandece, ahora es las fábulas engendradas en sus ríos, la música hipnotizante de sus noches y, la lengua, diversa, en que se entienden sus habitantes. Cuando se nace en una isla se es isla para siempre, en uno va el impulso de la barca y el impreciso vagar del espíritu.

La insularidad impone. Impone la circunstancia de estar rodeado de agua, limitado por ella, que es el misterio y la vida, la incertidumbre y la muerte. Para los nativos de Cuba la isla es el principio y el fin, el hecho más cierto de su existencia, la objetividad hecha tierra, es todo lo que existe; el resto es el mar, lo desconocido, el sueño, el afuera cuyos puentes se erigen invisibles en el cielo o el mar, esencias ambas volubles e intangibles que exigen para afrontarlas cierta mística del ser. Cuando se sale de una isla se sale a la aventura, a lo insospechado.

La insularidad impone el aislamiento, la separación de todo lo circundante, de ahí la necesaria comunión con el otro, la imprescindible conversación, el acercamiento que anula el miedo a la soledad: el areíto, el solar, el baile, la fiesta de santo, el toque milenario del tambor, la rumba, el son, la reunión.

Para Cuba el estar apartada geográficamente influyó en su historia, durante los sucesos de independencia de España, cuando Bolívar no pudo abarcar en su lucha esa isla a la que había prometido ayuda, como bien expresa Carpentier: “de esa época nos viene una costumbre muy nuestra, que ha de caracterizar nuestra historia, que ha sido la de resolver nuestros propios problemas sin ayuda prácticamente de nadie,” (1987:137) con todos los favores y contrariedades que pueda ocasionar esta costumbre.

La idea de no sabernos eternos en el pasado, pues los indígenas en Cuba desaparecieron pronto; la autonomía como costumbre; un “desarraigo libre de rencor, que recibe, acuna lo extraño” (Vitier,1998), la fusión violenta o amable del colonizador y el colonizado (de ambos nos apropiamos culturalmente), que anula el resentimiento histórico de vencedores o vencidos, son los elementos que han liberado, engrandecido y enriquecido la

escritura cubana, y que permiten, como expresa Abilio Estévez, al referirse a sus influencias como escritor, que toda la cultura sea nuestra.

De ambos [de los escritores cubanos Virgilio Piñera y José Lezama Lima] se desprende que siendo Cuba un país de vida breve y de breve cultura, que no conoció las glorias de una cultura precolombina, que no tuvimos la larga tradición europea, ni Renacimiento ni Edad Media, ni cantares de gesta ni grandes epopeyas, pues hemos decidido, que toda la cultura es nuestra. (1999:23)

Esta relación existente entre insularidad e identidad no solo concierne a Cuba, es una noción compartida por todas las islas del Caribe y expresada en las respectivas literaturas nacionales. Luis Álvarez y Margarita Mateo comentan que “la insularidad, como factor cultural, halla cuerpo en el discurso literario a partir de las más variadas modalidades, las cuales, si bien dependen en primera instancia del escritor de que se trate, se repiten, en mágica concordancia, de un extremo al otro del Caribe.” (2005:97) Antonio Benítez Rojo ha profundizado, con anterioridad, sobre la idea de similitudes culturales en cuanto a que somos habitantes todos de la misma geografía caribeña y expresa que el ser caribeño intuye la comunión con el entorno pero ella le es inalcanzable: “el discurso cultural de los Pueblos del Mar es la repetición de un ritual en cuyo flujo el hombre puede llegar a intuir que, después de todo, en la naturaleza hay una unidad, solo que esta es imposible.” (1986:126)

Todo el Caribe recibe la influencia de un clima tropical particularmente intenso, de ahí que la relación entre la naturaleza y sus habitantes sea un factor a tener en cuenta si analizamos la psicología y el comportamiento de los caribeños. Ese elemento, unido a la oposición isla-continente, donde la naturaleza de la isla es más amable pues su geografía no resulta tan impenetrable y su fauna tan peligrosa, nos hace pensar en el Caribe como un espacio generador de una idiosincrasia excepcional. Es precisamente desde este punto: la convergencia, desde donde debemos partir para acercarnos a los rasgos más distintivos de nuestra identidad, sin olvidar que ellos permanecen en constante fluctuación.

Bibliografía

- AÍNSA, FERNANDO (2002): "Más allá del mito y la memoria, las ínsulas de «tierra firme» de la narrativa latinoamericana", en *Espacios del imaginario latinoamericano. Propuestas de geopoética*, Editorial Arte y Literatura, La Habana.
- ÁLVAREZ ÁLVAREZ, LUIS; MARGARITA MATEO (2005): "La insularidad", en *El Caribe en su discurso literario*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba.
- ARCOS, JORGE LUIS (1999): "Las palabras son islas. Introducción a la poesía cubana del siglo xx", en *Las palabras son islas*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- BENÍTEZ ROJO, ANTONIO (1986): "La isla que se repite", en *Cuadernos hispanoamericanos* (429), marzo.
- CARPENTIER, ALEJO (1987): "Cuatro siglos de cultura cubana", en Virgilio López Lemus (selección y edición), *Conferencias*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- CORCÉS, LAUREANO (1999): "Más allá de la isla: la identidad cubana en el teatro del exilio", en Heidrun Adler y Adrián Herr (edición): *De las dos orillas: teatro cubano*, Iberoamericana, Madrid; Vervuert, Frankfurt am Main.
- ESTÉVEZ, ABILIO (1999): "Del otro lado del reino", en *La Gaceta de Cuba*, mayo/junio.
- FORNET, AMBROSIO (2000): "El discurso de la nostalgia", en *Memorias recobradas*, Ediciones Capiro, Santa Clara.
- _____ (2000): "El (otro) discurso de la identidad", en *Memorias recobradas*. Ediciones Capiro, Santa Clara.
- GARCÍA ALONSO, MARITZA (1996); Cristina Baeza Martín: *Modelo teórico para la identidad cultural*, Editorial José Martí, La Habana.
- LEZAMA LIMA, JOSÉ (1969): "Mitos y cansancio clásico", en *La expresión americana*, Alianza Editorial, Madrid, 1969.
- _____ : "Nacimiento de la expresión criolla", en *La expresión americana*, Alianza Editorial, Madrid.
- _____ (1953): "Coloquio con Juan Ramón Jiménez", en *Analecta del reloj*, Orígenes, La Habana.
- ORTIZ, FERNANDO (1996): "Los factores humanos de la cubanidad", en Norma Suárez (selección): *Fernando Ortiz y la cubanidad*, Ediciones Unión, La Habana.

- _____ (1996): "Del fenómeno social de la transculturación y de su importancia en Cuba", en Norma Suárez (selección): *Fernando Ortiz y la cubanidad*, Ediciones Unión, La Habana.
- PEDREIRA, ANTONIO S. (1973): "La brújula del tema", en *Insularismo*, Editorial Edil, inc., Río Piedras.
- _____ (1973): "Biología, geografía, alma", en *Insularismo*, Editorial Edil, inc., Río Piedras.
- _____ (1973): "La tierra y su sentido", en *Insularismo*, Editorial Edil, inc., Río Piedras.
- POGOLOTTI, GRACIELA (1999): "Mostrar lo invisible", en Heidrun Adler y Adrián Herr (edición): *De las dos orillas: teatro cubano*, Iberoamericana, Madrid; Vervuert, Frankfurt am Main.
- VITIER, CINTIO (1998): *Lo cubano en la poesía*, Editorial Letras Cubanas, La Habana.
- _____ (1996): "La identidad como espiral", en *La Gaceta de Cuba*, enero-febrero.